

DELICADEZA



CAITLÍN N. HOWLEY

© Caitlín N. Howley, 2017.

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida parcial o totalmente sin el permiso de la autora.

Delicadeza.

Llegada

Estuvo nevando durante todo el trayecto.

Cuando el carruaje se detuvo junto al castillo, Emily sintió que le daba un vuelco el corazón. Los muros que tan bien conocía estaban cubiertos por un manto blanco. Miró las puertas de entrada. De cada una de las dos aldabas colgaba una cinta de color verde claro.

El color de la esperanza.

Emily se estremeció. Le parecía que habían pasado siglos desde la última vez que experimentó ese sentimiento. Sin embargo, sólo habían transcurrido once meses.

La primavera anterior, se casó con Lord White, uno de los marqueses más ricos de la región. Su padre había concertado aquella boda varios años antes, y aunque ella nunca le había visto en persona, pensó que sería feliz a su lado. Su prometido le había escrito numerosas cartas llenas de halagos y promesas. Además, Emily nunca había escuchado que ninguna persona de alta cuna cometiera actos despreciables. Las canciones, la poesía trovadoresca y los relatos que le habían enseñado de niña sólo ensalzaban sus virtudes.

Ahora aborrecía esas canciones.

Pasado (por fortuna)

Su matrimonio con Lord White había sido un infierno. Durante la boda y posterior banquete, había fingido ser el perfecto caballero: atento, gentil, educado. Sin embargo, esa misma noche, se deshizo de su fachada y demostró ser un monstruo.

Desde esa noche, las humillaciones y los maltratos fueron constantes. Hacía un mes que su esposo había fallecido. Estuvo varios días en la cama, agarrándose el estómago y aullando de dolor hasta que una noche, cerró los ojos para siempre. Su médico personal le dijo a Emily que la causa de su muerte debía de estar relacionada con el abuso de la carne de caza y el alcohol.

Ella se mostró de acuerdo. Desde que se había casado con él, había sido testigo de cómo su esposo comía y bebía hasta casi perder el sentido. Cada vez que le veía dándose esos atracones, se le revolvía el estómago.

Por fortuna, aquellas experiencias no iban a volver a repetirse. Emily pensaba quedarse viuda hasta el final de sus días. No iba a volver a arriesgarse a unir su vida a la de una bestia.

Lord Wiseman

Lord Conall Wiseman era un conde. Su castillo era más pequeño que el de Lord White y poseía menos tierras, pero a diferencia de este último, Lord Wiseman nunca había perdido el cariño y el respeto de Emily.

Ella le conocía desde que era una niña. El padre de Conall y el de Emily habían sido grandes amigos. Ninguno de los dos estaba ya en este mundo, pero sus buenas acciones serían recordadas durante mucho tiempo.

Mientras Emily esperaba a que uno de sus criados llamara a las puertas del castillo, se acordó de su padre. Había muerto hacía sólo dos semanas.

Al menos, había partido sabiendo que Emily ya no estaba entre las garras del conde.

Recibimiento

Lord Wiseman era alto y fuerte, pero ella nunca se había sentido intimidada en su presencia. Los ojos del marqués siempre estaban llenos de ternura cuando la miraba. Era rasgado y de color gris. Tenía el cabello marrón rojizo y normalmente, llevaba se dejaba un poco de barba.

Cuando las puertas del castillo se abrieron, Emily se sorprendió al verle. Había esperado ser recibida por un grupo de criados y ser conducida hasta una de las habitaciones, donde tendría que aguardar a que el marqués apareciera. Sin embargo, allí estaba: alto, con una capa negra y unos guantes del mismo color. El hombre hizo una reverencia.

—Mi señora, es un placer veros. Espero que hayáis tenido un viaje agradable.

—Así ha sido, muchas gracias —le contestó Emily.

Se fijó en que la expresión de sus ojos era diferente. Sí, seguían mostrando la ternura habitual, pero podían leerse más emociones en ellos. Al observarlos con más detenimiento, Emily se dio cuenta de que transmitían dolor, rabia y también, culpa. Se sorprendió.

¿Por qué culpabilidad? ¿De qué se arrepentía?

Él le tendió la mano derecha y volvió a hablar:

—Acompañadme, mi señora. Os enseñaré vuestro dormitorio.

Emily alargó el brazo con algo de vacilación. Al percibirlo, el dolor en la mirada de Conall se intensificó, pero él no dijo nada. En lugar de ello, esbozó una sonrisa de ánimo y esperó con paciencia a que ella decidiera darle la mano.

Emily también llevaba guantes, pero, aun así, sintió un ligero estremecimiento cuando le tocó. Con delicadez, él le estrechó la mano y amplió su sonrisa.

Después, ambos caminaron en silencio hacia las escaleras.

Apaciguar el dolor

Tres criados les siguieron varios metros por detrás con el equipaje de Emily. Cuando llegaron a la habitación, lo dejaron junto a la cama y se retiraron tras hacer una reverencia. El último de ellos cerró la puerta.

Emily no pudo evitar soltar un respingo cuando oyó ese sonido y sus ojos fueron directos al picaporte. Lo miró con nerviosismo.

Conall siguió la dirección de su mirada y al entender lo que pasaba, se apresuró a recorrer la distancia que le separaba de la vuelta y volvió a abrirla.

—Ya está —le dijo a Emily con un tono que sonó falsamente alegre—. No tenéis nada de qué preocuparos. Aquí estáis a salvo.

Emily apartó los ojos del picaporte y le observó. Enseguida, puso una mueca y su respiración se agitó.

—Ey, ey, no pasa nada. —Conall se acercó a ella y le tocó los hombros—. Aquí estáis a salvo. Nadie os hará daño. Os lo prometo.

Emily se echó a llorar. El rostro del marqués se llenó de tristeza. Muy despacio, le puso una mano en la espalda y la otra en la nuca, y la acercó a él. Emily no opuso resistencia. Enterró el rostro en su pecho y siguió sollozando durante unos minutos más hasta que se calmó. Conall no dijo nada en todo ese tiempo. Se limitó a acariciarle la espalda y a susurrar Shhh Shhh de vez en cuando.

Fue Emily la que se apartó de él. Se secó las mejillas con las mangas del vestido y le miró con vergüenza.

—Lo siento —dijo con un hilo de voz—. No quería reaccionar así, pero no soporto las habitaciones cerradas. Me empieza a faltar el aire y tengo la sensación de que las paredes van a derrumbarse y me voy a quedar atrapada bajo los escombros. Lo siento. —Varias lágrimas más rodaron por sus mejillas.

Conall se las secó con las yemas de los pulgares.

—Mi señora, no pasa nada. Soy yo quien debería sentirlo.

Emily puso un gesto de extrañeza.

—¿Vos? ¿Por qué?

—Debí darme cuenta del sufrimiento que padecíais con el conde.

—Vos no tenéis la culpa. Yo no se lo dije a nadie. Pensé que no serviría de nada y que era mi obligación aguantar con estoicismo. Además, debo confesaros que me daba vergüenza airear mi situación.

—No teníais por qué sentir vergüenza. Él era el monstruo, el que debería haberse sentido mal. Vos fuisteis su víctima. No hicisteis nada malo.

—Vos tampoco hicisteis nada malo. —Emily le dedicó una pequeña sonrisa triste—. Mi padre fue el único que se enteró, poco antes de que el conde muriera, pero yo traté de convencerle de que mi vida con él no era tan mala como parecía. Mi padre

estaba muy enfermo. No quería que por mi culpa se agravara su situación.

Sin poder resistir el impulso, Conall le dio un beso en la frente y le dijo:

—Debéis desterrar la palabra culpa de vuestro vocabulario cuando os refiráis a vos misma. Sois la mujer más maravillosa que conozco. No habéis cometido ningún error por el que tengáis que sentir os así.

Emily volvió a sonreír, pero esta vez con alegría.

—Sólo si me prometéis que vos dejaréis de sentir os culpable por no haberos dado cuenta de mi situación.

—Emily, yo...

—Por favor —le cortó ella.

Conall respiró hondo y cerró los ojos.

—Está bien —murmuró—. Os prometo que me esforzaré para desterrar el sentimiento de culpa de mi interior.

Emily le acarició una mejilla y a continuación, le dio un beso en ese mismo lugar. Notó que el hombre temblaba y vio que seguía con los ojos cerrados. Su respiración era cálida y olía a canela. Emily sonrió al recordar que a Conall le encantaba el bizcocho de centeno, miel y canela. Seguramente, habría comido una rebanada en el desayuno. Le acarició los labios. Al instante, la respiración del hombre se volvió más rápida y él abrió los ojos. La miró con una infinita ternura.

—Emily... —susurró. Poco a poco, inclinó el rostro hacia delante, los dedos de Emily todavía sobre su boca.

Cuando sólo les separaban unos milímetros, él se detuvo para darle la oportunidad de que se apartara si quería.

Emily no lo hizo. Permaneció quieta y muy despacio, bajó el brazo. Esa fue la señal que Conall que necesitaba para besarla.

Cuando sus labios se tocaron, un estremecimiento les recorrió a ambos. Emily apoyó su mano izquierda en el pecho de él, muy cerca de su corazón, pero no lo hizo para apartarle. Fue más bien como una necesidad de reforzar ese contacto, de sentirse todavía más cerca de él.

Conall la besaba de forma lenta, como si temiera asustarla. Sus movimientos eran suaves, gentiles. Le estaba dando la oportunidad a Emily de acostumbrarse a esa sensación. Sabía que a ella nunca la habían besado. No, lo que el conde le había hecho no era besarla. Conall se negaba a utilizar ese nombre para hablar de una demostración de violencia y poder.

Un sabor salado le sobresaltó. Enseguida, notó que la boca de Emily dejaba de seguir sus movimientos y escuchó un sollozo contenido que reverberó en sus labios.

Se apartó de la joven al instante y le tomó el rostro entre las manos.

—Lo siento —volvió a disculparse ella.

—Shhh, shhh, no pasa nada. —La miró preocupado—. Decidme que deseáis. ¿Queréis que me vaya para que podáis descansar hasta la hora de la comida?

Emily negó con la cabeza. Conall no la había entendido. Inspiró hondo y le explicó:

—Me habéis conmovido con este beso. Nunca pensé que podría ser algo tan hermoso.

Conall sonrió y la besó en la frente, y después en la nariz, y a continuación en las mejillas. Emily se rio y eso para él fue como un bálsamo. Sin apartar sus manos de ella, le dijo:

—Cualquier demostración de cariño es hermosa. Estar con la persona adecuada puede haceros sentir cosas maravillosas.

Emily se sonrojó.

—¿Os referís a...?

Conall volvió a besarle la frente antes de contestar:

—Sí, me refiero a hacer el amor. Por favor, no sintáis vergüenza, no es un acto pecaminoso. Compartir ese grado de intimidad con alguien a quien amas y respetas es algo hermoso.

—Vos... ¿vos sabéis de lo que habláis? —le preguntó ella.

Conall podía notar el calor de sus mejillas y eso le enterneció. Sabía que para Emily resultaba difícil hablar sobre esa clase de temas. Con suavidad, le respondió:

—No, no lo sé. Por desgracia, nunca he podido estar con la mujer que amo.

—Oh... —Emily apartó los ojos y pareció triste de repente.

Él le giró el rostro con delicadeza para que volviera a mirarle y le dijo:

—Nunca he podido estar con la mujer que amo porque nunca me atreví a confesarle lo que sentía. Cuando se casó, hace once meses, creí que la pena me consumiría por completo, pero la esperanza de que fuera feliz con el conde que su padre había elegido, sirvió para consolarme. Por eso, cuando me enteré de que Lord White era un desgraciado, yo...

No pudo seguir porque en ese momento, Emily se puso de puntillas y lo besó con pasión. A Conall se le olvidó cómo seguía la frase, y la imagen del conde se esfumó su mente como si fuera humo.

Cuando se separaron, Emily volvió a ponerle la mano en el corazón y sonrió al notar que lo tenía acelerado. Él le acarició la mejilla derecha y le dijo:

—Ojalá pudiera borrar estos últimos once meses. Ojalá pudiera eliminar vuestro sufrimiento, apaciguar vuestro dolor.

La contestación de ella le sorprendió:

—Podéis hacerlo. —Le miró con intensidad—. Hacedlo, os lo pido.

Conall dejó de respirar durante unos segundos. Con la voz teñida de emoción, le preguntó:

—¿Qué me estáis pidiendo exactamente, mi señora?

Los ojos de Emily mostraban una leve pizca de temor, pero su voz no tembló cuando le contestó:

—Quiero que calméis mi dolor, que me ayudéis a enterrar los malos recuerdos.
—Hizo una pausa y añadió decidida—. Quiero que hagamos el amor.

Pradera

Al escucharla, Conall creyó que el corazón se le iba a salir del pecho. Emily, la persona a la que más quería le estaba pidiendo lo que él llevaba años con hacer. Las manos empezaron a temblarle.

—¿Estáis segura? —le preguntó con la voz entrecortada.

—Sí. Necesito saber que el sexo no va siempre asociado con violencia, humillación y terror.

Conall sonrió con tristeza y los ojos se le humedecieron. Muy despacio, volvió a inclinarse hacia ella y le dio un pequeño beso en los labios.

—El sexo nunca debería ir asociado con ninguna de esas tres cosas. Siempre debería ser motivo de alegría y placer.

—¿Es agradable incluso cuando no amas a la otra persona?

Conall sabía que le estaba preguntando por sus amantes. Suspiró y le contestó:

—Sí. Y el respeto nunca debería faltar, no importa cómo sean las circunstancias. Os prometo que, si estáis decidida a seguir adelante, vosotras controlaréis la situación en todo momento. Seguiré todas vuestras indicaciones. Pararé si me lo pedís.

—¿Incluso aunque estéis...? —Emily bajó la vista hacia sus pantalones.

Él sonrió y le levantó el rostro con suavidad para que volviera a mirarle. Entonces, le contestó:

—No importa cuál sea mi estado. Jamás os obligaría a hacer nada que no quisierais o antepondría mi placer al vuestro. Conmigo no tenéis anda que temer, os lo juro.

Emily le sonrió nerviosa y le dio un beso rápido. Después, le preguntó:

—¿Podemos hacerlo ahora?

Conall le devolvió la sonrisa.

—Podemos hacerlo cuando lo deseéis. Pero me temo que tendrá que ser aquí dentro, o en una de las otras habitaciones, y no nos quedará más remedio que cerrar la puerta. Si hiciera buen tiempo, podríamos alejarnos unos metros del castillo y tumbarnos en la hierba.

Emily cerró los ojos y sonrió como si se lo estuviera imaginando. Al cabo de unos segundos, dijo:

—No importa. Estoy segura de que conseguiréis aplacar mis miedos.

—Lo haré. —Conall la besó, esta vez con un poco más de pasión que la primera vez.

Cuando se separaron, le dedicó una sonrisa luminosa y caminó hasta la puerta. La cerró procurando hacer el menor ruido posible para no inquietarla y después regresó junto a ella. Notó que estaba un poco más nerviosa que antes. Le acarició una

mejilla y le preguntó con tono reconfortante:

—¿Confiáis en mí?

Emily no dudó.

—Sí. Os confiaría mi vida sin pensármelo ni un solo instante.

Aquella revelación hizo que a Conall se le pusiera un nudo en la garganta. Quiso besarla como si esa fuera la última vez que iba estar con ella, pero temió asustarla, de modo que le dedicó una sonrisa y le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja. Después, la besó con dulzura. Emily no tardó en rodearle el cuello con los brazos y se pegó más a él. Al notar que estaba respondiendo bien a sus estímulos, Conall le puso las manos en las caderas y empezó a darle pequeños masajes. Notó que Emily se estremecía ante sus caricias y escuchó un sonido ahogado que procedía de su garganta. Eso le animó a proseguir. Se separó de ella y empezó a besarla en el cuello mientras le desataba las cintas de la parte posterior del vestido.

La respiración de Emily se volvió más rápida y sus dedos se enterraron más en el cabello de él. Cuando Conall terminó de desatar las cintas, dejó de besarla en el cuello y la miró a los ojos. Emily pensó que le estaba pidiendo permiso para quitarle el vestido, pero entonces él sonrió y tomó sus manos. Sin mediar palabra, las llevó hasta su capa.

—Creo que no estamos en igualdad de condiciones —le dijo con un tono alegre—. Os gano en el número de prendas de ropa.

Emily se rio. Parte de sus nervios se desvanecieron.

—Tendremos que solucionarlo —le dijo y empezó a deshacerle el nudo que mantenía la capa cerrada.

Conall se dejó hacer con una sonrisa. Después de que ella le quitara la capa y la dejara encima de una silla, le pidió que continuara con la camisa. Una vez liberado también de esa prenda, volvió a ponerle las manos en las caderas a Emily y siguió besándola en el cuello.

Ella le acarició los hombros, de manera tentativa. Luego bajó las manos y hasta su pecho y la dejó allí unos momentos, notando los latidos de su corazón y el movimiento de su diafragma al llenarse y vaciarse de aire. Con algo más de seguridad, le acarició el vientre, pero no siguió bajando. Lo que había si seguía unos centímetros más, le producía nerviosismo. En ese instante, mientras Conall presionaba los labios contra su garganta y le masajeaba las caderas, Emily se preguntó si dolería. Con el conde siempre había dolido horribilmente. No había importado cuánto tratara de relajarse o de decirse a sí misma que debía ser valiente. Todas las veces que había tenido que acostarse con él, el sufrimiento había sido espantoso y le había provocado pesadillas durante muchas noches.

Conall se apartó. Fue entonces cuando Emily se dio cuenta de que se había puesto tensa sin darse cuenta. Él retiró las manos de sus caderas y le acarició las mejillas.

—¿Estáis bien? ¿Queréis que paremos?

Emily quería decirle que no, pero en lugar de ello, le preguntó:

—¿Me dolerá?

Conall sonrió con una mezcla de tristeza y ternura.

—No, cielo. Os prometo que iré todo lo despacio que necesitéis y que seré delicado. No tenéis nada que temer. Os amo. Lo último que pretendo es haceros sentir mal.

Emily asintió y se llevó una mano a la manga contraria del vestido. Sin romper el contacto visual, empezó a bajársela hasta la mitad. Después, hizo lo mismo con la otra.

No fue necesaria ninguna otra maniobra. El vestido cayó al suelo sin hacer ruido, como si fuera un pañuelo de seda.

Emily le miró a los ojos para descubrir qué le transmitían ahora. La forma en que la observaba el conde cuando ella estaba desnuda siempre le producía escalofríos. En esas ocasiones, sus ojos estaban llenos de lujuria y de un ansia de posesión que la aterrorizaban porque sabía lo que iba a venir a continuación.

Los ojos de Conall mostraban deseo, pero también ternura y preocupación. Emily se sintió más tranquila.

—Sois preciosa —le susurró él.

Volvieron a besarse. Cuando Emily se acercó más, sus pechos se tocaron y lejos de producirle repulsión, la llenó de una sensación cálida y reconfortante. Se sintió a salvo. Él la besó en la mandíbula y detrás de las orejas, y le preguntó en voz baja:

—¿Os apetece tumbaros?

—Sí —le contestó ella sin aliento.

Él tomó sus manos y se las besó con dulzura. Después, la condujo hasta la cama. El colchón era mullido, y la sábana tenía un tacto agradable y olía a lavanda.

Emily apoyó la cabeza en la almohada y separó las piernas, esperando que Conall se acomodara entre ellas. Sin embargo, el hombre se situó de rodillas a su izquierda y cubrió de besos y de caricias la mayor parte de su cuerpo. No paró hasta que notó que ella tenía el rostro ruborizado, las manos aferradas a la sábana, y que su pecho subía y bajaba con rapidez. Entonces, se colocó encima, con cuidado para no apoyar todo su peso sobre ella. Notó que Emily temblaba por la excitación y la anticipación, y le preguntó:

—Decidme que deseáis.

—A vos.

—¿Ahora? —le preguntó él con la voz teñida de deseo.

—Sí —le contestó Emily con un tono similar.

—Entonces, intentad estar lo más relajada posible y respirad, despacio. No habrá dolor, os lo prometo.

Cuando acabó de decir eso, Conall la besó y con lentitud, empezó a introducirse en ella. De vez en cuando, se retiraba un poco y volvía a entrar, para ayudar a que el cuerpo de la joven se acostumbrara a él. Emily le acariciaba con la yema de los dedos el lugar donde tenía el corazón. Parecía que sentir sus latidos la tranquilizaba. Respiraba con calma, tal como él le había recomendado.

Conall empujó unos centímetros más y por fin, estuvo en su interior por completo. La besó por todo el rostro y murmuró:

—Ya está, cielo. ¿Cómo os sentís?

Emily dejó de acariciarle el pecho y le tocó la barbilla. Esbozó una sonrisa.

—Bien. No duele nada.

—Me alegro. Cuando me digáis, empezaré a moverme.

—Siento como si necesitara algo —le reveló ella entonces.

Una sonrisa pícaro empezó a extenderse por el rostro de Conall. Sin pronunciar palabra, se retiró unos centímetros y luego volvió a entrar en ella. Emily se arqueó y soltó un Oh muy bajito.

—¿Es eso lo que necesitáis, mi señora? —le preguntó él conteniendo una sonrisa.

—Sí... creo que sí.

Conall volvió a moverse despacio y esta vez, Emily se agarró a sus hombros y se pegó más a él.

—Por favor, no paréis —le pidió con un susurro.

—No lo haré, cielo.

Conall siguió moviéndose y cuando ella empezó a imitarle, incrementó el ritmo. Pronto, los sonidos que salían de sus gargantas llenaron el silencio.

—Oh, Conall, nunca pensé que... —Emily dejó de hablar al notar cómo aquella maravillosa sensación que la estaba devorando por dentro aumentaba.

—¿Qué? —le preguntó él jadeando. Le acarició la clavícula y empezó a descender.

—Que... que... —Emily cerró los ojos, incapaz de seguir.

Conall se echó a reír. Siguieron moviéndose hasta que ambos sintieron que no iban a poder aguantar mucho más. Entonces, él empezó a acariciarla y le pidió que se dejara llevar. Le dijo además que, a partir de ahora, nadie iba a separarlos, que se ayudarían mutuamente a dejar todo lo malo atrás y que el futuro sería un lienzo lleno de posibilidades magníficas.

—Vamos, Emily, canta para mí.

Esas fueron las últimas palabras que le dijo antes de que ella dejara de moverse, se aferrara a él como si su vida dependiera de ello y emitiera una serie de sonidos maravillosos. Conall la siguió unos segundos después. Acabó tan exhausto que se apartó de ella por temor a no ser capaz de seguir sosteniendo su propio peso. Se tumbó de espaldas y cerró los ojos. Casi al instante, notó que ella le daba la mano.

Volvió a abrir los ojos y le besó los dedos.

—¿Cómo os sentís? —le preguntó.

—Cansada y feliz. Prometedme que todo eso que me habéis dicho es verdad. Que nunca nos separaremos y que nos ayudaremos a dejar lo malo atrás.

—Os lo prometo, Emily. A partir de ahora, la vida nos mostrará su lado más amable.

Nota de la autora.

Muchas gracias por haberle dado una oportunidad a esta historia. Espero que os haya gustado. Para mí, saber que mis historias llegan a la gente es una de las mejores alegrías que puedo recibir.

Otros títulos de la autora:

Siempre Killian

Perdición

El señor Kearney

El extraño (novela romántica y de suspense que saldrá publicada en abril)

ÍNDICE

[Llegada](#)

[Pasado \(por fortuna\)](#)

[Lord Wiseman](#)

[Apaciguar el dolor](#)

[Nota de la autora.](#)